

Pero Dios ha prometido el triunfo á su Iglesia, y la Santísima Virgen intercede por su amado Pontífice Pio IX; ella le tenderá su mano protectora y le salvará del furor de sus enemigos.

Pidamos incansables por la Iglesia, pidamos por su Jefe Supremo, el grande, el invencible Pio IX, y además de nuestras oraciones, ofrezcámosle medios de subsistencia material. Es nuestro Padre, y necesita las oraciones y las limosnas de sus hijos. Hoy es el dia por excelencia de Pio IX, así como lo es de esperanza para todos los hijos de María. Esta dulce Madre nos protegerá y nos hará felices en este mundo, y especialmente en la gloria, que á todos deseo.—AMEN.

SERMON

SOBRE LA

CONCEPCION INMACULADA DE LA VIRGEN MARIA.

Ipsa conteret caput tuum.

Génes., cap. 3.^o, v. 15.

AL ocupar hoy esta sagrada cátedra y dirigir una mirada sobre el numeroso auditorio que me rodea, no me es posible disimular el dulce placer y la consoladora esperanza que preocupan toda mi alma. Hace quince años que venimos celebrando esta solemnísimas festividad, y en todos ellos tengo la grande satisfacción de ver marcadas en vuestro rostro señales inequívocas del tierno amor á la Santísima Virgen María, en el misterio de su Concepcion inmaculada, que inunda vuestro corazon. Y al presenciar tan grato espectáculo, me digo á mí mismo: La Asociacion de hijas de María de Segovia está dotada de una fecundidad admirable, fecundidad que

ni la muerte de muchas, ni la colocacion de algunas, ni la ausencia de otras, ni la condicion de los tiempos, han podido extinguir ni debilitar. ¡Dichosas vosotras que así habeis sabido escuchar la voz de Dios y comprender vuestros verdaderos intereses!

Esto con respecto á vosotras, mas con respecto á mí, ya sabeis que yo no tengo pretensiones de ninguna especie, ni abrigo otro deseo que el de vuestra mayor instruccion y edificacion. Por eso en todos los años, desentendiéndome en cierto modo del objeto material é historia que conmemora la Iglesia, he procurado ocuparme de reflexiones que se desprenden del misterio, y que, lejos de fomentar la vanidad y nuestra curiosidad vana, afecten á nuestro corazon y á nuestra alma.

Hoy, constante en este plan, que me inspiran la santidad del sitio que ocupo y el ministerio altísimo que, aunque indigno, desempeño, voy á ocuparme sólo de la verdadera inteligencia del dogma católico de la Concepcion inmaculada de la Virgen María, nuestra tierna Madre.

Porque, señores, mucho se habla de la Concepcion de la Virgen María, del odio hácia ella de la antigua serpiente desde el principio de los tiempos y del glorioso triunfo por ella obtenido; pero estas grandes, dulcísimas y consoladoras verdades pasan desapercibidas para la mayor parte de los fieles. Les hay que confunden la Concepcion inmaculada con la gracia de predestinacion; les hay que juzgan ser

una misma cosa que la santificacion de algunos seres predilectos en el seno materno, y les hay que no saben distinguir entre la Concepcion de María y la concepcion de Jesucristo.

Pues bien; yo me propongo haceros hoy una sencilla explicacion de estos grandes misterios, separar verdades de verdades y daros á conocer la verdadera inteligencia del dogma, á fin de que vuestra piedad sea tambien ilustrada.

Para ello, etc.—AVE MARÍA.

Ipsa conteret caput tuum.
Génes., cap. 3.^o, v. 15.

La existencia del pecado original es un dogma de nuestra fé y un dogma de los más esenciales, puesto que sobre él descansa toda la economía de nuestra religion y le suponen las antiguas teogonías de todos los pueblos. La santa Escritura nos le revela, la Iglesia congregada en el concilio de Trento lo explica y determina con toda precision y claridad, la razon natural lo confirma, y la experiencia constante nos hace ver y tocar de un modo inequívoco sus funestas consecuencias. Muchos herejes han negado su realidad, y los filósofos incrédulos le oponen argumentos frívolos.

No es menos cierta la trasmision de este pecado

original á todos los descendientes de nuestro primer padre. Tambien es dogma de nuestra fé, combatido por los herejes y por los incrédulos. No intento hoy probárosle, demasiado nos le prueba la triste experiencia.

Si me preguntais cuándo se verifica esta trasmision del pecado original, os diré que se trasmite por la generacion. Porque el primer hombre, Adán, era como el hombre universal, que encerraba en sí toda la naturaleza humana, y toda la naturaleza humana fué necesariamente inficionada con su pecado. Porque un pecado engendró pecadores y de un tronco criminal nació una raza de criminales. Adán, dice el sagrado libro del Génesis, vivió y engendró á su imágen y semejanza.

Pero si me preguntais el modo cómo este hecho tan asombroso se verifica, os diré que no lo sé. Sólo sé que en la formacion del hombre el pecado no viene adherido al alma, porque esta sale pura y sin mancha de las manos de Dios, su autor; mucho menos al cuerpo, porque este, como sér ciego y sin voluntad, no es capaz de pecado. Sé que al unirse el alma y el cuerpo, al verificarse la generacion del hombre, contrae ya el pecado. Es una relacion de causa al efecto; puesta la primera, resulta el segundo. Así sucede, señores, con muchas enfermedades físicas y morales que pasan de padres á hijos por la generacion, cuyo fenómeno vemos y tocamos, sin que sepamos darnos de él razon.

En vano buscaremos la explicacion de este misterio escondido á la inteligencia humana. Todos nacemos pecadores; Satanás ejerce sobre nosotros su imperio tiránico desde el instante primero de nuestro sér; no hay medio alguno, no hay fuerzas en la naturaleza para librarnos de su ominoso yugo. Ahora ya os será fácil comprender la diferencia que existe entre la predestinacion, la santificacion y la concepcion sin mancha, en el sentido que la Iglesia la reconoce, en la Santísima Virgen. Continuada vuestra atencion.

Dios, en su bondad eterna, elige de entre esa masa general de réprobos el número suficiente para llenar sus altos fines; los predestina y ejerce sobre ellos una potestad omnímota, un imperio absoluto, de que nadie podrá privarle. Estos escogidos del Señor son arrancados del tiránico yugo de Satanás; pero todos han sido suyos, ninguno quebrantó su cabeza, ninguno podrá gloriarse de haber dejado de pertenecerle. ¿Es este el triunfo que corresponde á María, Madre de todo un Dios? No: esto seria suponer que alguna vez, que en alguna época habia sido hija de Satanás, hija de ira, enemiga de Dios y en estado de condenacion eterna. La razon, la piedad y los instintos humanos rechazan esta hipótesis.

Pero aun hay más. Entre estos séres predilectos hay algunos que mira el Señor con particular amor. Allí un Jeremías, un Juan Bautista, un San José y otros, en cuyas almas purísimas penetró la gracia en

el mismo seno materno, y fueron santificados antes de ver la luz. Hé aquí vencido al parecer Satanás en todas sus posiciones. Y no es así: hay una en la cual se cree inexpugnable, y desde allí se gloria de poder destruir al género humano, y esta posición es el instante primero de nuestro ser. Porque en verdad, aun estos seres predilectos, santificados en el mismo seno materno, pertenecieron á Satanás, aun cuando no fuere más que un sólo momento imperceptible. Aun de estos puede decir Satanás que han sido suyos. Y ¿será esta la pureza original que reconocemos y predicamos en la Virgen María? ¿Será esta bastante, será digna de la Madre de un Dios? ¡Ah! no. Si así fuera, si esta gracia bastara en María, Dios sería vencido por Satanás. Ni la gracia, pues, de predestinación, ni la gracia de santificación en el seno materno, corresponden á la dignidad, al destino altísimo de María. Era necesario que Satanás fuese desalojado de la última de sus trincheras y que no pudiese alegar jamás derecho alguno de propiedad, ni por un instante siquiera, sobre la que había de ser Madre de Dios, del Dios de la pureza y santidad por esencia, y por esencia enemigo del pecado, incompatible con el pecado, bajo todas sus formas. Así debió ser, y así fué, señores.

Porque destinada María para Madre de Dios, debía este mismo Dios quitar el último pretexto á Satanás, destruir la última trinchera donde se guarece, para sorprender á mansalva al género humano. Y si

pudo, quiso hacerlo, y queriendo hacerlo, lo hizo. Convino hacerlo, porque así era debido á la gloria de Dios y á la gloria de Jesucristo, y debió hacerlo, para que la generación del mismo Jesucristo fuese enteramente pura.

No se nos pregunte ahora ¿cómo ha podido hacer Dios, que siendo la concepción de María semejante á todas las demás concepciones en sus autores, haya sido inmaculada en su fruto? A la Omnipotencia de Dios no se suscitan cuestiones, ni se le ponen límites. ¿Quién conoce sus caminos? ¿Quién ha sido su consejero? Basta para que Dios pueda hacer una cosa, que no envuelva contradicción en sus términos, y aun en este caso, dice el angélico doctor Santo Tomás, no porque á Dios falte poder, sino porque el objeto no puede ser hecho, es una contradicción, una quimera.

Sin embargo, puede darse una contestación cumplida á nuestra razón curiosa y soberbia, diciéndola que esta exención en favor de la Virgen María se hizo por la gracia de Jesucristo. Y ¿qué dificultad hallais en ello? La misma gracia que redimió al mundo del pecado original, pudo muy bien preservar de él á María; pudo aplicarle como antídoto, lo que aplicó al mundo como remedio.

Sentados estos principios, déjase entender muy bien que la Concepción de la Virgen María es diferente esencialmente de la concepción de Jesucristo. Una demostración muy sencilla os va á persuadir de

ello, y terminaremos el cuadro que me propuse trazaros.

La trasmision del pecado original es una ley general; pero concebimos en el poder de Dios dos derogaciones de esta ley, ó dos concepciones inmaculadas; la una por supresion de la causa, la otra por supresion del efecto: la una haciendo que la concepcion sea pura en sus autores y, por consiguiente, en su fruto; la otra dejándola que sea cual era en sus autores, y reteniendo sólo su efecto, para que no alcance á su fruto. Del primer género es la concepcion de Jesucristo, del segundo es la Concepcion de María. Una y otra son inmaculadas y, sin embargo, son esencialmente diversas.

Digamos, pues, en resúmen, que la existencia del pecado original es una realidad desgraciadamente muy sensible, no menos cierta y sensible que su trasmision á todos los descendientes de Adan. Que la Concepcion de María no es la gracia de la predestinacion, ni la gracia de la santificacion, ni es de la misma especie que la concepcion de Jesucristo, pura en sus autores y pura en su fruto, sino una concepcion no pura en sus autores y pura en su fruto, concedida por Dios á María, y sólo á María, en relacion á los méritos de Jesucristo, aplicados como antídoto, no como remedio, como preservativo, no como precio.

Tal es el dogma que veneramos hoy y que forma parte de nuestro Símbolo, con grande satisfaccion y

mayor gloria de los hijos de María, esparcidos por todo el mundo y sujetos al cayado pastoral del grande, del inmortal Pío IX, escogido por Dios para colocar el último florón sobre la corona de ricas prerogativas que esmaltan las sienes de la dulce, de la grande, de la inmaculada María.

Bendigamos ahora y siempre el poder de Dios y las glorias de María, y ahora y siempre digamos que es nuestra amada Madre, y nosotros sus hijos, en cuya filiacion ciframos toda nuestra esperanza en esta vida y en la otra.—AMEN.